

les contemplaba conmovido por su belleza. Entonces los severos pasajeros dijeronme por señas que me levantase. Eran el águila junto al cisne, y les seguí, y ellos fueron los que aquí me trajeron y me dejaron solo en lo alto de este monte.

4 agosto 1854.

XVII

Á DOS ENEMIGOS AMIGOS

Desde la orilla de los mares sin fondo que jamás perdonan; desde en medio de los rayos y de los vientos, que me dan el espectáculo horrible de su eterna ira, os grito:—¡Amigos, reconciliaos! No tenéis derecho á no ser hermanos. Yo, que conozco los furiosos de la suerte, los vientos contrarios, los choques inesperados, las despiadadas luchas, os digo:—¡Amaos! La sólida amistad ciñe con aro de acero al hombre, vaso frágil. Virgilio amaba á Horacio, Horacio amaba á Virgilio, hasta el punto de que en Roma, donde el ojo va á buscarles, no se distinguía, viendo juntarse sus cabezas en la gloria íntima y familiar, de dónde salía el laurel y de quién procedía la yedra.

¿No eres tú el que, pensando, escribiendo, cerebro mundo en el que se mueve todo un pueblo vivo, alumbrándote á tu gusto con la luz que prefieres,

del drama y la novela haces tus dos hemisterios? ¿No eres tú el que anda, sube y baja? ¿No tienes tú la pluma del vuelo deslumbrador, que toca á todos los tiempos, que atraviesa todos los velos y descarga sobre París un torbellino de estrellas? Sois dos nombres queridos que o recemos al mundo. Las aclamaciones abundan sobre vuestras frentes, como en los palacios se posan las palomas. Dios que, para crearos, abrió dos grandes tumbas, para encender vuestros corazones hizo brotar dos rayos, de Diderot el uno y el otro de Schiller; y ahora, cada cual en su dominio, alumbráis uno de los lados de la grande alma humana. Puesto que sois fuertes, sed dulces, amigos. Los dos sois la luz: ¡amaos! Con el corazón en los labios, vertéis sobre las multitudes conquistadas vuestras frases exquisitas; ligaos uno á otro con esas cadenas de oro. La elocuencia es riqueza y tesoro la amistad. La ola se apacigua, conmovida, en cuanto ve el alba lucir. Veos solamente el tiempo de sonreiros, y os comprenderéis: debéis hacerlo, por ser los que domán el siglo; reinando sobre el instante. Volvamos, pues todo lo demás es duelo ó quimera, á las cordialidades titánicas de Homero; enseñad á la multitud, que carece de dioses, y que, en su niebla lúgubre y fastidiosa, se entristece y no ve del Olimpo en que os halláis, lo que es la franca risa de los poetas. Sed la pareja ardiente en el carro luminoso. Si, os comprenderéis con sólo miraros. Si todo se comprendiera, todo sería armonía; todo sería gloria, azul, esplendor, alegría infinita, amor; y el caos no es otra cosa que una mala inteligencia.

En mi tempestuosa noche, en la que siéntome mordido tan pronto por la víbora como por la hiena, permitidme que luce con el negro odio. Tal es mi destino. Antes que mi frente se doblase, muy

joven, comencé ¡oh desdicha! el negro combate. Jacob lucha con el Ángel y yo lucho con la Sombra. ¡Ah! Tomo para mí sólo las penas, los males innumerables. ¡Que yo sea el único que sangre, estando los otros ríadantes! Vuestro acuerdo encantará á mi corazón henchido de adioses, á mi alma, quebrada por la suerte y que continúa entera, y acaso haga correr la altiva lágrima que hace tres años está pendiente de mi pestaña. Dadme la dicha, en el fondo de mi destierro; dadme la alegría, en el fondo de mi tempestad, de ver que nada falta á vuestra doble fiesta, de decir:—¡Están ahí, en el resplandor, él, el atleta no vencido, él, el vencedor encantador!; de deslumbrarme de lejos, yo, el hombre de las tinieblas, con vuestros encantos, cada día más célebres; de oír á los ecos ensalzaros constantemente, y, aplaudidos por todos, aplaudirse vuestros nombres. Amaos por el que á ambos os ama. ¡Amaos, que la envidia se torne por ello más lívida! Gemelos, volved hermanos para todos, y demostrad que el día, soberbio, feliz, alegre, no es sordo á la voz que sale de la obscura noche; demostrad que los rayos quieren consolar á la sombra, vosotros á quienes todo coronara, á quienes todo sonríe, poniendo vuestras dos manos en la mano del proscrito.

21 diciembre 1854.

XVIII

DELFINA GAY DE GIRARDÍN

I

Se marchó ella, pues, y calla. Devuélvenos ¡oh bóveda estrellada! la grande alma alada que cantaba.

Era de aquellos á quienes mi morada atrae. El año pasado vino á lucir en ella, y me aclaró con una sonrisa el horizonte.

¡Paz á vos, buen corazón útil, bellos ojos cerrados, espíritu espléndido y fértil! Le gustaban mi pequeña isla, mis grandes olas,

estos campos de trébol y de centeno, este suave suelo, el océano que el astro regula y mi negra roca, desde la que el ave arranca á volar.

II

No agrada la existencia á esas almas altivas; porque los vivos son piedras sobre sus frentes y polvo bajo sus piés.

Siembras la noche, Dios, al crear los hombres,
esos negros problemas; somos las lívidas máscaras
del vacío;

somos el alga y la onda ¡oh sembrador! Flota-
mos, el viento nos enrolla, toda nuestra obra disuél-
vese en rumor.

El mal tiene á las viles multitudes en sus nudos;
multitudes pueriles que producimos ruidos estériles
ú odiosos.

Enanos que vagamos sobre escombros; embri-
nes, esbozos, fantasmas, sombras que gritamos en
tus sombrías inmensidades.

¡Dios! ¡Los hombres, cabezas bajas, ojos carnales,
se mofan del abismo que tú atraviesas, de tus pro-
fundidades, de tus espacios eternos!

¡Escupen sobre el gran velo azul del cielo; críti-
canlo todo, mar, barco y vela; insultan á la sombra
y á la estrella, al alma y á Dios!

Insultan al alba pura, al aire vital, á lo bello, á lo
verdadero, á la naturaleza y á esa sombría abertura,
al ideal.

Insultan á lo invisible, al ciprés, á la suerte de
que son blanco, á la onda y al estremecimiento ter-
rible de los bosques.

¡Insultan al pontífice, al fulgor, al ser, santo je-
roglífico, y al enigma que está bajo tu garra, esfinge
soñadora.

¡Prostituidas están sus voces, Jehovah! Cuan-
do el águila oye su gritería, mira á las nubes y
huye.

III

¡Oh grande alma prisionera, corazón mártir! el
águila de mi caverna fué quien te enseñó el modo de
partir.

Mientras lloramos, sentados bajo las ramas, tú,
alma, sonríes, inclinas tus dos grandes alas blancas
sobre nuestras frentes.

Y, desde el fondo de nuestros abismos, inquietos,
te vemos sobre las cimas, elevando tus dos sublimes
brazos hacia el cielo.

IV

¡Destino!, ¡abismo de los vientos contrarios, de
las olas mudas! ¡Oh, cuántas urnas funerarias! ¡Hija,
mujer, padres, hermanos, alegría, amores!

Se luce, se brilla, un lindo sueño os dice:—¡Ven!
Y un viento se produce, dura el tiempo necesario
para ocasionar un flujo en la costa; ¡y después nada!

El viento Norte extingue, rompe, se lleva la an-
torcha y sopla, cada vez más fuerte, por encima de
la negra puerta de la tumba.

Pálida es nuestra dicha y vive poco. Ávido me
vuelvo hacia el sepulcro, ese vacío lleno de Dios.

Dios, allí, en aquel sombrío mundo, pone el amor y todos los puertos en aquella onda, y en aquella sombra profunda toda la luz.

¡Oh vivos que, en la bruma, en el dolor, pasáis como ola que humea y no sois sino la espuma sobre el escollo!

¡Vivid en las claridades falsas, espiad! Yo, buen Dios que nos oyes, siento moverse las fosas bajo mis piés.

Hora es de que me vaya lejos del ruido, bajo la zarza y la maleza, á encontrar lo que en la noche se estremece.

Todos mis nudos están disueltos en el misterio. La sombra es mi austera patria. Tengo menos amigos en la tierra que debajo de ella.

16 junio 1855.

XIX

CARTA DEL DESTERRADO

Me preguntas qué hago. Nada, estoy solo, pienso. Voy á ver si alguien me conoce por la costa; trato de encontrar en estos rudos bosques, en estos montes, un amigo trágico, un muy viejo escollo com-

batido por el abismo, cualquier abeto roto de un modo sublime, una roca en la cual se vea el dolor y no se aperciba el espanto. Hablo al océano y le digo:— Soy yo. Y nos ponemos á hablar, él lleno de sombra, mezclando un consejo grave con sus innumerables rumores, y repitiendo constantemente en la espuma y en los vientos la misma frase:—¡Amad, porque sufrís, vivos! Yo estoy pensativo y distraído para la barca que boga.

En ocasiones, el trueno toma parte en el diálogo; el relámpago, esa interjección, cae del cielo.

El mar me gusta; se siente su virtud en su hiel. Sanea la tierra á fuerza de amargura. Le amo. Así es que ir en su busca es mi costumbre cuando en mi corazón siento subir, bajo el cielo azul, la áspera indignación que á Dios interroga.

Los proscriptos son gente que cuenta sus asuntos á las olas en la tormenta y á las esferas en la noche; abrimos nuestros corazones altivos y fuertes, aunque móviles, á los vientos, esos feroces intrusos; y se acaba por tomar una altanera costumbre de tutear á la sombría soledad.

De ahí la calma ¡oh vastos cielos vencedores! Pasa el viento, arrancando la espuma de nuestros corazones; y cuando en nuestro odio y en nuestra cólera se ha esparcido desde lo alto el inmenso rumor polar; cuando el rayo nos ha mirado á los ojos, ¿qué resta de un hombre furioso y honrado? Un sabio. Se sondea mejor el misterio en que nos hallamos ante esas grandes olas negras, menos turbadas que los hombres; se siente que en ese caos hay un mundo á prueba; se confronta con atención el falso abis-

mo y el verdadero, la traición del hombre y el esbozo de la onda; se contemplan los pliegues del agua ronca y profunda; se abre uno al candor como ellos al alción, y se torna uno pensativo en proporción al prodigio, y se siente que el mal humor se borra bajo esa ola tranquila en el fondo y fiera en la superficie. Se cree ver en su alma oscura la salida de un astro. Y eso es lo que acaba de ocurrirme.

He visto tantos vacíos, tantos hombres y cosas, tantas inmovilidades, tantas metamorfosis, que estoy cansado. Después de esos nada, de esos intrigantes, de esos criminales, de esos locos, me gustan los huracanes; entro en la onda, esa enorme y formidable fiesta, y descanso, amigo mío, en la tormenta.

Agosto 1855.

XX

Pálido, avanzo en el furor del abismo, por entre la espuma, escuchando lo que dicen, llenos de horror, la sibila en Cumas y el apóstol en Patmos.

Quando paso por aquella sombra por la cual, huyendo de la tormenta, nadie todavía pasó, tengo á mis piés el abismo y el rayo sobre mi cabeza; se dice: —¡Ahí está el insensato!

Mientras el huracán, que á veces parece reír y luego estalla en sollozos, juega con los aparejos de la nave como con una lira, un negro cántico sale de las olas.

Y yo, en quien el duelo, el odio, la vejez, la onda y el viento engañoso se encarnizan, sigo mi camino, dejando que los otros tengan miedo.

H. H.

XXI

A la hora en que el sol se pone; cuando, por la noche, solo, vago en el fondo de los bosques, pensativo, sonriente, feroz, azorado bajo los negros árboles;

ó cuando, junto á la hoguera que flamea, dejando mis libros cien veces leídos, cruzando una pierna sobre la otra, miro y no escucho.

—¿Qué tiene?—decís vosotros.—¡Cavila!—¡Sí, cavilo! ¡Es que veo crecer y elevarse hasta mí la sombra en que el astro ideal surge!

¡Es que, en esta noche en que se borra la claridad hecha para nuestros ojos, siento que unos rostros misteriosos se acercan á mi faz!

¡Es que me vienen apariencias, formas, voces, suspiros, del mundo en que se encuentran aquellas esperanzas que llamamos recuerdos!

¡Es que á mis sentidos convulsivos se abren espacios fúnebres; es que, en esas tinieblas, siento á mi padre y á mi madre pensativos!

¡Es que siento pasar un ángel, te siento pasar, hija mía, alma de la frente encantadora, en yo no sé qué hálito extraño que me hace estremecer dulcemente!

¡Es que, bajo nuestros techos apacibles, como en nuestros bosques llenos de espanto, los muertos presentes, pero invisibles, fijan en mí sus ojos profundos!

6 enero 1860.

XXII

Á JUANA

Estoy triste; la suerte es dura; todo muere, todo pasa; los seres inocentes caminan en la noche; tú nada de esto sabes; te ríes escuchando en el espacio lo que canta y al mirar lo que se abre á la vida;

no conoces el destino; cuchicheas no se sabe qué ante lo ignorado; sonríes ante el azoramiento de los sombríos Quijotes y ante el sudor de los pálidos Jesucristos.

No sabes por qué pienso, por qué cae Kesler en Guernesey, Ribeyrolle en el Brasil; no sabes, Juana, lo que es la tumba; no sabes, Juana, lo que es el destierro.

Ciertamente, si yo pensara que ennegrezco tu alma, no te diría todo esto; mas bueno es que sepas que, aún cuando abril dore tu frente con su pura llama, frente que Dios coronó de estrellas expresamente para mí;

aún cuando el cielo tenga el alba y tu sonrisa mi corazón, Juana, la vida es lúgubre y se gime en ocasiones; puesto que no tienes más que un año, puedo decírtelo todo; pues únicamente comprendes la dulzura de mi voz.

16 agosto 1870.

XXIII

Si en ese gran París, ¡oh encantadora enfermera! que arrojáis en nuestra sombra una mirada de luz, cualquier metralla ú obús, regalo de rey, me hace el insigne honor de estrellarse encimá de mí, ó si un hulano me asesta una lanzada, no me haré llevar á la ambulancia, en la que vuestra dulce piedad acoge á los heridos, en la que sobre tantos dolores se posa vuestra mirada; no iré ¡oh adorable enfermera! por miedo á salir incurable al marcharme de allí curado.

Enero 1871.

XXIV

CALUMNIADO

Un proyectil demasiado pesado tiene dificultad en elevarse; demasiada distancia impide á un guijarro llegar á su destino; una esfera lapida vanamente á otra esfera. Sabed que cualquier hombre ruín puede decir abyectas mentiras que duren un día; pero que es algo costoso lanzar una afrenta en voz bastante alta para que pueda alcanzar á un hombre honrado. Un miserable se hace pagar, embólsase la suma y luego calumnia. Pues bien; efecto nulo. Ved; el que se siente justo y severo, y dulce, que no hizo mal sino al mal, que fué fiel al honor como la golondrina lo es á su nido, que vivió para combatir y luego perdonar, que nunca dijo no al enemigo vencido, que quieré todos los deberes y no quiere ningún infame papel, puede desafiar al odio. Y he aquí por que ese gracioso de mal género, ese vil, hecho para las hondonadas y no para las cimas, que siempre me está insultando, no me ofende nunca.

Junio 1871.

XXV

Cambia el aquilón, y pone la popa donde la proa estuvo; no se necesita mucho tiempo para que gire una rueda y para lo que de arriba se encuentre abajo, y amenudo lo que pareciera caído responda levantándose. Recuperaremos nuestros derechos, nuestras tierras, nuestras provincias; id á preguntar, reyes y príncipes, al molino de Valmy qué viento hará entonces. ¡Oh, estoy viendo aquel día espléndido!; se ha dormido; despierta uno; allí está Francia en diosa convertida; ríe su frente, desnuda está su espada; ese humo que huye á lo lejos es el enemigo. El firmamento, pues que Dios no hace nada á medias, pone su profundo arco iris sobre nuestras dos ciudades.

No, no pienso que los reyes estén tranquilos. En el mundo no tengo más que una alegría, su cuidado. Casi digo ¡gracias! á los verdugos de mi país. Y puesto que de un infierno puede nacer una génesis, no me disgusta estar en la fragua. ¡Purificación del fuego, yo te bendigo! Los fénix luminosos tienen hogueras por nidos; el alma se engrandece y brilla en la llama; esclavo es todo lo que no sale vivo del baño de lava, y hallo útil la prueba.

Crece, león.

Yo espero.

Reyes, consumad vuestra rebelión.